

LOS DELITOS DEL AMOR

La raza.-El clima.-La educación.

EN los periódicos de la ciudad aparecieron ayer dos notas de crónica roja que me llamaron la atención, no tanto por los sucesos sangrientos que narraban cuanto por la tendencia bien definida de un fenómeno que en criminología marca la alteración morbosa no ya del individuo, sino de la colectividad, y es a modo de endemia funesta que tiene amenazada la salubridad pública.

Con llamativos títulos ambas noticias ocupan lugar preferente en los diarios de la mañana: en Güines, una joven, loca de amor, mata, de un balazo en la cabeza, a su amante infiel, y después, con la misma arma que sirvió para su venganza, se suicida. En un suburbio de la Habana, un

mestizo, ciego de celos, apuñala a su concubina, quien morirá probablemente.

Como se ve, nada hay de extraordinario en estos dos casos, en los que el juez no va a encontrar sino dos delitos de sangre, de aspecto preciso y vulgar, y para los cuales tienen los códigos una pena definida y elástica que va, desde la lesión simple, que sana en breve y que no deja huellas, hasta el impulso que priva de la existencia y que se ejecuta con las clásicas agravantes.

Pero si estos típicos incidentes de la furia humana nada tienen en sí de extraordinario para el administrador de la justicia, en cambio son significativos e interesantes para el observador que los mira pasar por las columnas de la Prensa noticiara con persistencia tan incesante que marca en el cuadro signótico del crimen, en la Isla, una línea de ascendente monotonía en los delitos pasionales. Lo notable de estos episodios antisociales no está en la esencia, sino en la frecuencia.

No pasa día que no traiga su abundante caza de Otelos frenéticos, de culpables o inocentes Desdémonas, y de Paolos y Francescas, sorprendidos—en actitudes más o menos estéticas—por el señor y dueño de la casa. Y no es ésta exclusiva manifestación de las clases inferiores; no.

El mal sube y se enreda por los vericuetos de la burguesía, y, entre cuchicheos y discreciones, hace alguna vez su entrada en el paraíso social de la aristocracia y el dinero.

Analicemos, breve y superficialmente, la cuestión. ¿Es la raza? ¿Es el clima? ¿Es la educación?

En la gente de color hay—es indudable—un primitivo resorte de furores que el erotismo distiende hasta que, del arco de Cupido, sale la flecha envenenada de los celos. El moreno conserva, vivos y enérgicos, los empujes característicos de la raza. Es atávico su arrebató cuando siente la mordedura de la cólera. Su dulce y quejumbrosa sensualidad puede sufrir, de pronto, la violenta transformación del deseo. Y pasa, sin transiciones ni reflexiones, del amor al odio, de la ternura a la desesperación, del placer más intenso al sufrimiento más profundo. Y es que en el fondo de la raza se agita un milenarío y hondo dolor interno. En los gritos de la voluptuosidad se perciben los sollozos de la angustia. Y esta raza, que ama llorando, mata amando.

No pasa lo mismo con el criollo. En él existe y persiste la vieja y tradicional idea del honor castellano; pero ya muy modificada, muy ater-

ciopelada, muy civilizada. Las costumbres suavizaron y desgastaron a los protagonistas de las comedias calderonianas. Los personajes de don José Echegaray—última chispa de la hoguera—nos parecen hoy ridículamente hermosos. El buen sentido los vió caricaturescos y los mató de cuatro papirotazos. Porque no estaban copiados de la realidad no eran hombres; eran maniqués de la armería real del honor antiguo. Difícil sería encontrar en estos tiempos quien hiciera las horripilantes fazañas de los caballeros de *El médico de su honra*, y de *A secreto agravio, secreta venganza*.

Pero quien hiera por celos, quien mate por rivalidades de la posesión sexual, si que hay todavía y habrá hasta la consumación de los siglos, aquí y en todas partes.

¿El sol? Si; el sol es un poderoso estimulante de energías. El verano es mal consejero, decía Shakespeare.

Y resultaría curioso observar los efectos de estos días sofocantes en la psicología de las multitudes. Tal vez algún biólogo curioso pudiera seguir las modalidades del delito por amor durante los estíos cubanos. Indudablemente que la influencia ha de subsistir y que los criminalistas nacionales—los hay excelentes—se habrán dado

cuenta del calor en sus relaciones con los crímenes de la pasión amorosa.

Mas tal crimen, cuando se extiende, cuando abarca todas las clases, cuando se repite y forma un procedimiento en los teatrales enredos del amor; cuando no se salva con él la honra, puesto que muchas veces el vínculo que ata a dos seres no está consagrado por la sociedad y no hay, por lo mismo, el pretexto de limpiar la mancha; cuando sólo son el amor propio maltrecho, la vanidad herida, el brutal deseo contrariado, el capricho loco, el desenfreno de la pasión los que impulsan el daño; cuando el crimen es igual en sus formas y semejante en sus circunstancias; cuando llega a ser un usufructo de todos los enamorados, un derecho de todos los engañados, una venganza de todos los ofendidos; cuando se propaga como un cáncer, cuando se respira como un miasma, entonces no hay que buscar las causas ni en los mandatos de la raza, ni en las adaptaciones del ambiente; hay que pensar en ese otro factor de perfeccionamiento individual y colectivo; en ese purificador y regenerador de nuestros groseros instintos y de nuestros ancestralismos de caverna. Hay que pensar en la educación.

Posiblemente existe un grave defecto en la educación moral de la sociedad. Pensemos un poco en el aflojamiento de los lazos sacramentales de matrimonio, en el amor que, de libre, se torna en libertino, en la frívola obsesión del placer, en la juvenil impaciencia del deseo que salta, para acudir a la cita, por encima de las carcomidas tapias del respeto, y quizá encontremos en todo ello el morbo excitante y mortal que inficiona el organismo entero, no de uno, sino de varios países, y obliga a la estadística criminal a señalar, día por día, el ascenso terrible, pernicioso y contagioso de los delitos pasionales.

LAS MUJERES QUE VOTAN

La casa y el sufragio.

UN pequeño jardín, rodeado de una verja sencilla y débil que sirve más para limitar el predio que para precaver el asalto; en el centro del jardín, el rojizo bloque de ladrillo, simétricamente horadado por puertas y ventanas; en el césped, unos niños jugando; junto a la ventana, una vieja de cofia y gafas, tejiendo calceta; en la cámara matrimonial, una mujer robusta y risueña, nutriendo con el pecho blanco y fuerte, como los pintados por Rubens, al *bambino*, rollizo y desnudo como los de Rafael. Ruido de cacerolas y sartenes en la cocina, donde una criada jamona canturrea, lista, en el comedor, la mesa enmantelada donde están correctamente distribuidos los platos y el brevisimo búcaro yergue flores recién cortadas. Co-

mienza a caer la tarde. Los árboles alargan sus sombras. Se oye a cada instante el ruido del tranvía que pasa y que, sobrecargado de pasajeros, llega de la vecina ciudad. Jardín y niños, vieja y joven, mesa y búcaro, muestran un aire como de cotidiana y tierna inquietud. Se adivina que esperan al que ha de venir, al que viene siempre del trabajo, de la lucha, de la oficina, con besos para *bebé*, abrazos para *mamá* y la abuelita, y monedas en el bolsillo para el pan de todos los días, de que habla la oración cristiana. Mientras llega el esperado, se va, poco a poco, debilitando la luz. Hay paz, silencio, amor...

Esta es la estampa antigua, el grabado arcaico, la ilustración de las *Tardes de la Granja*, la ilusión quintañona de los enamorados de mi tiempo. Este es el célebre *home* que encerraba en su áspero golpe de fonética sajona la suavidad y la dulzura de los sueños largamente acariciados.

Hoy, parece que ya es anacrónico este ideal de vida. Costumbre patriarcal pero insustancial, no satisface las nuevas necesidades de la civilización que ha dado a la existencia una intensidad, una nerviosidad que obligan a las gentes a aprovechar el minuto en actividades que no se

conocían cuando la casa de antaño era, como el arca de Noé, el refugio y la salvación para las tempestades del mundo.

El *home* es el famoso castillo de naipes. El progreso sopló, y he aquí que lo que creíamos firme y duradero no era sino fábrica inestable, construcción frágil, verdadero juego infantil, improvisado palacio de papel.

El *home*, además, estaba concebido en la desigualdad de los deberes, en el desequilibrio de los derechos. El hombre gozaba de libertades y franquicias, negadas y castigadas severamente en la mujer. El hombre entraba en la casa como un amo; la mujer permanecía en ella como una esclava. Se trataba pues, de una ergástula, y el amor era una cadena que, por efecto del tiempo, iba endureciendo sus rosas ajadas, hasta convertirlas en pesados eslabones de hierro que ella arrastraba, y que *el* solía remachar con golpes de infidelidad y desdén. Este era el criterio clásico de la antigüedad latina; el de la mujer respetada, pero inferior y sumisa. La mujer no podía tener sino una alta misión en el secreto del *gineceo*: la de ser madre. Los Gracos y Coriolano lo supieron bien. Se había contamina-

do de *romanismo* el profundo sentimiento de aquellos bruscos soldados de cabelleras rojizas que, poseyendo un culto religioso por la mujer, no abandonaban jamás a las suyas, y hacían de ellas, desde sus sagradas sacerdotisas hasta sus compañeras de combate. La iniquidad volvía bajo la aparente felicidad del *home*. Era preciso acabar con esta inicua institución, con esta falsa doctrina del hogar.

La mujer, que durante la Edad Media recibió la adoración de trovadores y guerreros; que atravesó por los libros de Caballerías dueña de pensamientos y señora de voluntades; que fué pureza en la imaginada Oriana de las aventuras maravillosas de Amadís, y tristeza en las canciones gemebundas de Macías; que presidió los juegos florales y los torneos; que puso la banda roja o azul en el pecho del caballero, armado de plata esplendorosa, y la flor inmortal en la mano de marfil del poeta vencedor; la mujer, no recibió entonces sino los fantásticos homenajes, sino los efímeros tributos de una época de exaltación y fascinación y pasión, que inconscientemente se volvía hacia la ternura, la delicadeza, el ideal, para olvidarse, por instantes, de la crueldad, de la barbarie, de la violencia y el horror que la dominaban. Los guanteletes, crispados aún de có-

lera, regaban con mirtos y azucenas los charcos de sangre fresca. Pero la castellana vivía recluida en el salón tenebroso, en el aposento sombrío, entre brocateles y tapicerías heráldicas, viendo, tarde a tarde, por la ventana gótica, el camino que había de devolverle a su señor, el esposo, que meses hacía se partió para luchar con Godofredo de Bullón y Raymundo de Tolosa en los campos de Palestina. Era una prisionera; era una víctima. Tenía que hurtar una felicidad mortal, echando, al mediar la noche, en el sigilo de la penumbra lunar, la escala de seda por donde subía, trémulo de emoción y deseo, el pálido Gerineldos. Pero ya sabía que Barba Azul degollaba a sus mujeres.

No, la mujer fué entonces la celebrada; pero no la dichosa. Su felicidad había sido, en remotas edades, su libertad. Allá, en la prehistoria, en los períodos del pastoreo, pasa *ella*, libre, indómita, dominadora. Los hombres la obedecen. Las tribus la siguen. Ella gobierna y decide de la suerte de todos los suyos. Fué en los tiempos del matriarcado, oscuros y tremendos, cuando la especie humana ensayaba sus primitivas formas de asociación...

Y la milenaria leyenda la había visto también atravesar, al tendido galope de sus caballos, el

claro del bosque, donde se libraba el feroz combate con los iracundos héroes selváticos, cuerpo a cuerpo, hierro a hierro, músculo a músculo, en una soberana epopeya, en una gesta bravía en la que manaban rojos hilos de los senos heridos y desnudos. Las mitologías, las teogonías y las leyendas la habían consagrado libre: Ninfa, océanide, druida, amazona.

El *home* le quitó sus facultades, sus prerrogativas, sus derechos. Las nuevas leyes, calcadas en las costumbres antiguas, la devolvían al patio del *gineceo*, atada por los cordeles de oro del deber y del amor. Esto no era sino una traición del hombre que, polígamo como es, quizá por necesidades fisiológicas, quería gozar a sus anchas de los placeres mundanos a furto de la pobre cautiva, para quien un desliz era la deshonra, el menosprecio, el abandono, la muerte.

Lo dicho. Era preciso acabar con el error.

Y para ello, desde hace mucho tiempo, se viene preparando una educación a propósito, una orientación especial que permita a la mujer convertirse, como de la oruga a la mariposa, de la pasiva esclava del hogar a la activa luchadora de la vida. La larva tiene alas ya. Unas alas pavorrealescas, salpicadas de matices simbólicos.

La mujer no es ya la mujer: es la varona.

En la tierra por excelencia de las virtudes íntimas, se dió el grito, nació el entusiasmo y se propagó el nuevo evangelio de la mujer libre.

Una noche, en el fondo de su gabinete de alquimia, Fausto, pensativo, sopló en la llama de su candil humeante, y del cárdeno del fuego y del negro del humo fué saliendo el diabólico Mefistófeles.

Pues bien: la civilización ha soplado en la llama del hogar, y de ella salió una bruja moderna: la sufragista.



La sufragista es, como quien dice, el último figurín de la moda sociológica.

Yo he visto en las revistas londinenses las procesiones de estas poseídas de hogaño, de estas demoníacas criaturas que, pidiendo derechos civiles, igualdad legal, asiento en el Club y en la Cámara y puesto en el Ministerio, incendian edificios, rompen escaparates, rasgan cuadros en las pinacotecas, lanzan discursos incendiarios en los guardacantones, acometen a la policía, y, una vez encarceladas, se niegan a tomar alimento, para provocar así, no la piedad, el forzado indulto de las autoridades. Hembras sin hermosura, estudiantas sin porvenir, apasionadas sin

amantes, artistas sin genio y sin trabajo, buscan en esta algarada femenina la notoriedad y la posición que no pudieron darles ni sus virtudes ni sus merecimientos. Es ésta, creo yo, una reciente y peligrosa forma del histerismo.

Parodiando a Byron, pudiéramos burlarnos de esta actitud diciendo que el sufragismo viene del feminismo, como el vinagre del vino.

Porque el feminismo, la tendencia de la muchacha pobre, de la hija de la clase media, a buscar fuera del matrimonio maneras honradas de vivir, en el taller, en la escuela, en la oficina, en el mostrador de la tienda, está justificado y es noble. Indica, es verdad, el aflojamiento de los lazos, el enfriamiento de las lumbres del cariño. No existe ya el consuelo que pinta la estrofa romántica:

En esas horas en que surge el ruego
y por Dios los espíritus preguntan,
como cuerpos friolentos junto al fuego,
las almas se aproximan y se juntan.

La casa, la vieja casa que era una apretada piña de amor, como dijo un poeta, va desgranándose, pudriéndose cual fruto pasado de sazón. Y por instinto, por necesidad de supervivencia, la mujer se lanza a la aventura en el

mar encrespado y pérfido del interés y el egoísmo, y sorteando peligros y dejando en los zarzales la blanca lana de la oveja, como cantó Bello, regresa con el pan ganado a puño y a intrepidez.

Muchas naufragan; pero también muchas llegan al término del viaje: al bienestar, conquistado por el esfuerzo sano y la voluntad bien dirigida.

Hasta aquí, hasta el trabajo que la mujer puede desempeñar, con facultades físicamente débiles, aunque, en algunos puntos, moralmente robustas, el *feminismo* ha triunfado. Ha triunfado a costa del hogar; pero eso no es culpa de la mujer: es culpa de los padres indiferentes, de los maridos viciosos, de los hijos ingratos, de todo ese cúmulo de desventuras íntimas que la mujer sabe ocultar cuidadosamente con el velo del llanto y el iris de la sonrisa.

La casa se va. El *home* desaparece. Este es un hecho. Y como manifestaciones del fenómeno, como síntomas de la enfermedad, se ven pulular, en el vicio, en la labor, en la existencia galante, en el ambiente equívoco del café y del espectáculo, a esas chicuelas que ya no se ruborizan, que han perdido el miedo a la camaradería varonil y que muestran a las claras el orgu-

llo de valerse a sí mismas en la despiadada contienda de la vida.

Pero, ahora, la mujer, la mujer sajona, no quiere sólo trabajar, quiere gobernar. Por de pronto quiere intervenir en la cosa pública. Y allí está el arquetipo de su ambición: la sufragista.

¿Tendrán facultades? ¿Tendrán preparación? Los varones sonreímos al ver desfilar a estas varonas desequilibradas. Pensamos en que, en la galería de mujeres célebres, las hay políticas eminentes: recordamos los impulsivismos de Isabel de Inglaterra; las perspicacias de Isabel la Católica; las malignidades de Catalina de Médicis; los crímenes de Fredegunda; las infamias de Brunegilda; el desordenado y brillante despotismo de Catalina de Rusia...

Mas las *sufragistas* nos siguen pareciendo un tanto ineptas, un tanto impreparadas, un tanto ridículas.

Y nos parecen así porque todavía las vemos directoras del *home*, amas de la casa, centinelas de la despensa y nodrizas de los chiquitines. Es cierto que las señoritas angloamericanas van y vienen por todas partes solas, o acompañadas de

sus amigos, y que las madres no ponen reparos a estas costumbres porque a su vez fueron criadas en ellas, y están seguras de que el hogar tiene menos encantos que el *Club*, la excursión campestre, la comida en el *restaurant*, la carrera de bicicleta o el paseo en automóvil. Es cierto que la ley no protege únicamente la libertad femenina; protege también el libertinaje, y deja en las pulidas manos de las *miss* la trampa de una acusación por promesa matrimonial, y la puerta de escape del adulterio: el divorcio. Todo ello es cierto.

Pero el *home*, resquebrajándose y apuntalado, existe aún. Y mientras lo veamos, no podemos concederle a la mujer la facultad política, el criterio positivo que juzga de la historia y de las necesidades de un pueblo, el exacto conocimiento de los hombres, la previsión de los acontecimientos, el estudio de la riqueza nacional. Concederle eso equivaldría a volverla asexual; equivaldría a despojarla de su aparente debilidad, que es una gran fuerza, por darle el atributo de una fuerza que sería una debilidad real al entrar como piensan, en el funcionamiento de esa máquina complicada que se llama: un Estado.

¿Para qué necesita la mujer de la toga de la magistratura, de la tribuna del Parlamento o de

la desmelenada arenga del mitin? ¿Para qué, si ella, en el *home* piensa, aconseja, sugiere, dirige, cuando así le place, la conducta del hombre que ante ella descubre sus más escondidos secretos? Saber amar es saber gobernar. La esposa, la buena esposa, sin presentar su candidatura, ni salir de su casa, puede influir en las situaciones políticas y hacer predominar sus juicios: allí es sufragista de verdad, sin escándalos ni chocarrerías, sin comedias ni vanidades.

Yo recuerdo haber leído en una carta del autor de la *Vida estrenua* la queja, la honda queja que amarga y perturba a los observadores de la vida norteamericana. Doliase Roosevelt de la rápida pérdida de la afición y el respeto al hogar y de sus funestas consecuencias para lo porvenir. Nos está faltando el amor de la casa—afirmaba con desencanto.

Y el amor y el respeto de la casa exigen que en el umbral se dejen las mezquindades, las rencillas, los odios de partido, los arrebatos. Porque el hogar es el nido de la familia. Y a la familia debe creársele en una atmósfera de afecto, de serenidad, de respeto mutuo, de estimación recíproca.

Las sufragistas que hoy piden, con enérgico acento, el derecho del voto, la entrada a las li- des de la urna, lo que lograrían, si venciesen, sería el derrumbamiento definitivo de la casa y la muerte de la familia.

No regenerarían a la sociedad: la matarían. Porque habrían socavado su cimiento: el *home*.

Ese es el que hay que reconstruir y fortalecer. Cuando la casa, con su respeto, con su solidaridad, con su eficacia educativa, haya adquirido nueva firmeza, las *sufragistas* necesarias, es decir, las mujeres pensadoras y cultas, habrán hecho obra magnífica y perdurable, obra de alta humanidad, obra de glorioso futuro. Para eso urge que los hombres las ayuden con su fidelidad, con su lealtad, con su obstinado deseo de mejoramiento.

Una licenciosa comedia de Aristofanes, *Lysis- trata*, demuestra el poderío femenino sobre los varoniles sentidos. Pues mayor es su dominación en las regiones del espíritu. Frederick Tanner es un rendido vasallo de los caprichos *sufragistas*. Las cuatro presidentas han hecho con él lo que las flores con Parsifal: lo han seducido con las suaves modulaciones de la voz. El profesor Wilson, ha caído también, quizá por amor, en la bella y dañosa utopía.

¿Qué sucederá, en el Estado de New York, dentro de unas horas?

La sombra de Palas Athenea recuerda que el casco de oro de la Sabiduría, lo soporta gallardamente una cabeza de mujer.

Yo, mientras tanto, pienso en el jardín, en los niños, en la casa rojiza. Hay paz, silencio, amor...